



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12103

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 17 DE MARZO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimiro 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
 37 AÑOS DE EXISTENCIA
 SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sedreccion en Cartagena, VIUDA DE SORO Y COMPANIA, Calle 15.

Ofuscación

«el día y no pasará esta generación sin que todo se haya consumado.»

Esto mismo repetía San Pedro. San Pablo, el apóstol de los gentiles, dice: «Dentro de poco tiempo, el que ha de venir, vendrá y no tardará. El Apocalipsis de San Juan lo asegura a cada momento. Aún hay más; en este libro se afirma de tal manera que hasta marca la fecha.

San Anastasio veía en el arrianismo una de las señales del fin del mundo.

«Dentro de poco tiempo el mundo se acabará», dice Gregorio de Nacianceno.

¿Para qué proseguir? Llenaríamos el periódico, y aun el libro, de citas de los apóstoles, de los padres de la Iglesia y de infinidad de autores ortodoxos, probando la creencia de que el fin del mundo y de la sociedad estaba cerca.

¿Para qué conservar nada? ¿para qué el afán de tener algo que nos atraiga a la tierra, cuando tan pronto debe dejarse? ¿Para qué la propiedad?

Pero al cabo de siglos de la venida de Jesús y de su predicación, la humanidad sigue viviendo, y el hombre se ha convencido de que el cristianismo fué el punto de partida de una revolución, en la cual Jesucristo nos hizo á todos hijos de un Padre común, á fin de que nos conceptuáramos como hermanos;

La propiedad es un robo. Cifrado, que eso que queda escrito no lo dijo yo; lo dijo Prudhome y lo ha repetido en pleno Congreso español el diputado Lerroux.

Los santos, los primeros cristianos no fueron propietarios: es cierto.

Jesús dijo, enseñando á sus discípulos, que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja, que entrara un rico en el reino de los cielos.

Otro día, á un joven que le interrogaba acerca de lo que debía hacer para entrar á gozar del Reino de Dios, le ordenó que diera á los pobres todo cuanto poseía, y luego le siguiera.

Esta doctrina acerca de la propiedad, predicada por Jesús, y seguida en los primeros siglos del cristianismo, tenía un fundamento. La creencia de que el reino de Dios estaba cerca, y de llegar á su realización; en segundo lugar, en que la consecuencia de esa creencia era la del próximo del mundo. Y justo era decirlo, cuando Jesús decía á los que le seguían: «El día y la hora nadie lo sabe; ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el padre solamente. Pero se acerca

nos inculcó la idea del amor á nuestro prójimo y su principal doctrina, la caridad.

Pero si los primeros cristianos no poseían nada, ni nada tenían que no fuese común, ¿cuando al penetrar en el conocimiento humano la idea de que el fin del mundo no estaba cerca, se opuso el cristianismo á que el hombre guardara el fruto de su trabajo?

El señor Lerroux pide que la propiedad desaparezca. ¿De qué vive el señor Lerroux? Del producto de su inteligencia, que con el libro y el periódico le proporciona los medios de vida. Y esa propiedad del señor Lerroux, adquirida con su inteligencia, ¿puedo yo compartirla? El fruto de esa labor, de ese trabajo, le parece muy natural á ese señor que, como ciudadano de esta humanidad, le pida yo una parte de él? ¿Sus hijos y su esposa no tienen el derecho de prioridad para poseer lo que el Sr. Lerroux ha trabajado para ellos?

¿Es que no tiene á nadie el señor diputado con derecho á heredar el producto de su trabajo? Se equivoca, apesar de su claro talento.

Tiene á la humanidad á quien legarle el producto de sus esfuerzos. ¿Se conforma el obrero, ese obrero que persigue un ideal utópico, con que el pequeño ajuar que ha adquirido trabajando, la casa que ha edificado con su propio esfuerzo, y cuyo techo cubre á su esposa y á sus hijos, siendo aquel hogar templo donde solo anida el amor, y en el cual eternamente se entona un himno al cariño, se conforma con que esa casa, producto de su trabajo, vaya al fondo común y sea de otro á quien le corresponda en el reparto general?

¡Ah! Seguros estamos de que si esto piensa el obrero, respecto á

cada uno de los productos adquiridos con su trabajo, respetará la propiedad, porque pedirá el respeto á la suya.

Vamos al reparto igualitario; todo es de todos. ¿Quién trabajará? ¿Cuándo tendrá la humanidad tiempo para realizar el progreso?

Kropotkine, en su obra «La conquista del pan», que no es otra cosa que un canto dedicado al anarquismo, sueña con un mundo, en que siendo todo de todos, el literato después de su trabajo intelectual, descende á encender el fogón para prepararse la comida. ¿Es esto realizable? ¿Es moral esa predicación?

Yo concedo por un momento el reparto general; cuando todos tengamos lo mismo, al año habrá que proceder á un nuevo reparto. Los sentimientos humanos no son los mismos, ni las inclinaciones ni los temperamentos. Entre las personas que posean el mismo capital, al cabo de un año habrá desigualdad; uno tratará de aumentarlo por medio de la especulación y el comercio; otro se dedicará al estudio, confiando en que cuando tenga bastante instrucción podrá obtener la remuneración del capital que empleó en instruirse; y el tercero dirá:

—Como al ver la sociedad que yo tengo menos que los otros, haré un nuevo reparto, ¿para qué cansarme? Cuando me haya tomado la parte que me correspondió, ya me daran más; por lo tanto no trabajo.—Y como esto sería lo mejor, nos constituiríamos en una sociedad de vagos.

Lo triste de este cuadro es que esas doctrinas, completamente disolventes, las predica desde la tribuna española un diputado con talento, con ilustración; y para ma-

yor daño, una persona que tiene prestigio adquirido en la masa obrera.

Recuerde el señor Lerroux, que las primeras victimas en toda revolución son los apóstoles de ella. Cuando se llega á la cúspide y no se puede cumplir lo prometido, el ídolo se derriba y se hace pedazos.

Trabajemos todos para que la clase obrera mejore, sus condiciones y llegue á la realización de todos sus deseos racionales; inculquemos la idea de la virtud y del ahorro, que puede obtenerse contentando el deseo dentro de ciertos límites; prediquemos contra el gasto de taberna y del vicio; demos el ejemplo siendo moderados; creemos grandes cajas de ahorro, destruyendo la usura, y en el momento que el trabajador tenga una cartilla de operaciones en una caja de ahorro, que le haga propietario de lo adquirido con su trabajo, en vez de maldecir la propiedad, la bendecirá.

Entonces dirá:—La propiedad no es un robo; la propiedad soy yo.

CKUB.

TIJERETAZOS

La prensa de Londres, al dar cuenta del saqueo de los boers poniendo en libertad á lord Methuen, aboga porque se opusiera con otro á ese acto de generosidad.

Y aconseja que se deje libre á un general boer que se encuentra pendiente de un consejo de guerra.

Poco es.

Si los ingleses se han de poner á la altura de los boers ese acto de generosidad ha de estar con el otro en la relación que hay entre ambas naciones.

Y propósito de actos:

¿Podría servir lo sucedido para que cualquier nación de primer orden pidiera la palabra para hablar de paz?

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

31 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

85 LOS CRUZADOS

88 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

El tocheque se asombró de tal generosidad; pero el señor de Bogdanetz le explicó:

—Me ha prestado un servicio y trato de recompen-sarle; mi costumbre es portarme bien con los que obran bien conmigo.

—La copa es preciosa,—observó Glava.

—No te preocupes, que ya sé lo que me hago. Algún día lucharé con él y reconquistaré la copa y mucho más.

Matzko habló con Jaghenka acerca de lo que tenía que hacerse. Quería dejarla con Antilla en Piotzk pero ella deseaba ir á la corte de la princesa Ana, que odiaba á los templarios y quería á Zbiashko.

Matzko titubeaba y la joven murmuró:

—Dios que lee en mi alma, sabe que cada día le rezo para que salve á Danusia y conceda la felicidad que merece á Zbiashko; pero voy á Glava me habéis dicho que la joven no saldrá viva de mano de los templarios, y si esto sucediera...

El asombro estaba conmovido. Al cabo de un instante Jaghenka añadió:

—Quisiera estar junto á Zbiashko.

—¿Dónde, en la corte de la princesa?—le dijo:—En Danusia, en el castillo de Zbiashko, no quedará si- quiera...

—Yo me quiero que me mire, pero si estar cerca de él.

—Sabes que lo deseo de corazón, pero temo que sufra mucho.

—No, murmuró Jaghenka sonriendo sardónica-mente;—ni siquiera me reconocerá.

—¿Que no? ¡Oh!...

—Os aseguro que no; le diremos que soy Jasko y Zbiashko no sospechará nada.

Al día siguiente pusieronse todos en camino para Arotzizki, y si allí no sabían nada del Maestro, irían á Spiehov.

Al cabo de diez días llegaban á Brotnizki.

La ciudad limpia y bonita tenía aspecto tranquilo y feroz. Cerca de la puerta había una alta horca de la que pendían muchos cadáveres, entre los que se veía el de una mujer.

En la torre del castillo ondeaba una gran bandera blanca con una mano roja en el centro.

Cuando el capitán leyó la carta de Lichtenstein, se vió y se desató para complacer á los huéspedes.

Dijo que seis semanas antes había estado en Malborg, y que allí había visto á un joven caballero que asombraba á todos por su espléndido cinturón de oro, y por el valor demostrado en el torneo, que organizó el Maestro antes de partir á la guerra.

Añadió que había sabido conquistarse el afecto de Ulrich De-Janghingen, hermano del Maestro, que le dió un pasaporte para ir á Orienta.

—No va á caballo,—dijo Jaghenka,—no tiene ar-mas; sólo lleva un bastón en la mano.

—Tantea el suelo con el bastón.

—Será un ciego.

Los viajeros se acercaron al desconocido, que baja-ba despacio la colina. Era de alta estatura, faltábale los ojos y la mano derecha. Las cabellazas revueltas caían sobre sus hombros y tenía la barba inculta y blanca.

—Ni siquiera lleva un perro; no podemos dejarle sin auxilio; voy á ver si me entiende.

El desconocido, oyendo los pasos, levantó el bastón y se detuvo.

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!—procuró Jaghenka;—¿entendéis el polaco, buen viejo?

El ciego, al oír aquella dulce voz femenil, se estre-meció, temblaron sus miembros y cayendo de rodi-las levantó ambos brazos al cielo.

—Levantáos, os auxiliaremos; ¿qué tenéis?

El viejo lanzó un grito inarticulado; Jaghenka, asustada, retrocedió. El, poniéndose en pie, hizo el signo de la cruz en el aire y pasó el brazo de la mano por los labios.

La joven no comprendía y miró á Matzko que di-jo:

—Dice que le han arrancado la lengua.